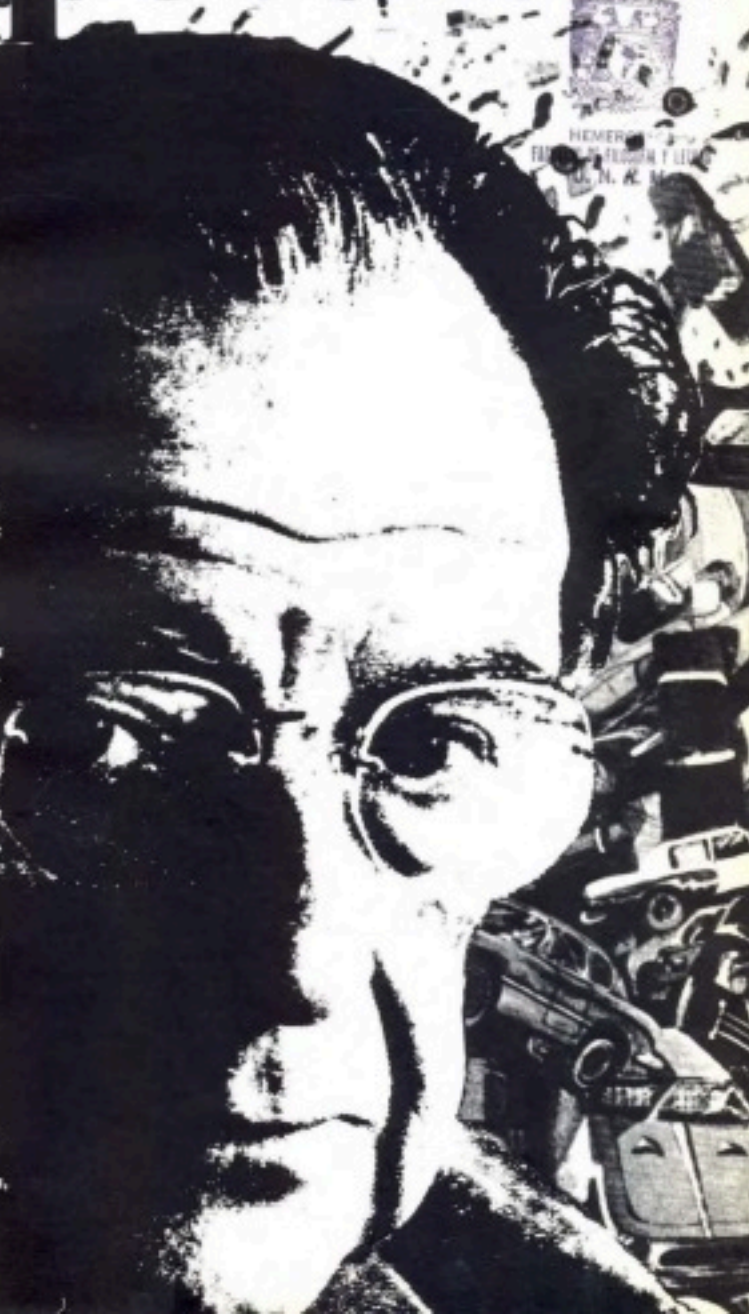


perspectiva

Nuestra forma de vida nos hace desdichados*

Erich Fromm

La mayoría de los norteamericanos cree que nuestra sociedad de consumidores felices, amantes de diversiones y viajeros en "jet" proporciona la máxima felicidad a la inmensa mayoría. Por el contrario, yo creo que nuestra actual forma de vida conduce a una creciente ansiedad, a una desamparada impotencia y, finalmente, a la desintegración de nuestra cultura. Rehusó identificar diversión con placer, excitación con alegría, ocupación con felicidad, así como al "hombre-organización" indiferente y anodino, con el individuo independiente. Desde este aspecto crítico, nuestros porcentajes de alcoholismo, suicidio y divorcio, delincuencia juvenil, sistemas de "gang", actos de violencia y la indiferencia general hacia la vida, son síntomas característicos de nuestra "patología de la normalidad". (continúa p. 17)



Vicente Leñero Foto: Rogelio Cuéllar



EL EVANGELIO DE LUCAS GAVILÁN

Margarita Palacios Sierra

Prosa viva reciente fué el nombre del ciclo de conferencias que la coordinación de letras hispánicas y el P.S.P.A. organizaron en nuestra facultad. Dentro de este evento, Vicente Leñero, dió lectura a su obra El evangelio de Lucas Gavilán.

El libro aborda un tema religioso (La vida de Jesucristo) con una nueva estructura. Un viejo tema que rejuvenece en el ambiente del México contemporáneo. Leñero comienza adjudicándole la obra a un autor ficticio, Lucas Gavilán, viejo recurso literario que ya empleaban Cervantes y el mismo Leñero en obras anteriores. La novela, basada en el Evangelio de San Lucas, se estructura de acuerdo con el modelo bíblico siguiendo, casi versículo a versículo, el texto evangélico. Así nace un personaje mítico, verosímil a lo largo de la narración: Jesucristo Gómez: El albañil, líder carismático y popular, hijo de José Gómez y María David, cuyo antecedente en la obra de Vicente Leñero podría ser Sergio García, el ex-seminarista de *Los albañiles*. O como el mismo Leñero afirmara, "el velador" protagonista de la misma obra. Jesucristo recorre la República Mexicana y sus realidades inmediatas: la corrupción, la tortura, la ignorancia, la miseria, la bondad, la lucha, el hambre... y finalmente la muerte. Cada episodio evangélico en

cuentra su correlato actual agregando a la parábola moral la protesta ética y social.

Con una historia conocida por su lector y una estructura dada por el Evangelio, Leñero inicia su tarea sin más herramientas que el paralelo y la actualización.

La adaptación se logra principalmente a través de: la actualización del tema, el elemento bíblico textual, y la reubicación de la palabra, el tema se actualiza con una nueva expresión semántica: Pedro el pescador se reubica en Pedro Simón, el pepenador. Los milagros adquieren verosimilitud en el contexto cuando la multiplicación de los panes se logra reuniendo y volviendo a dividir lo que todos llevaban. La curación de un leproso se conjuga con la aceptación de un homosexual, y el milagro, con una hospitalización y la obtención del seguro social para los pepenadores.

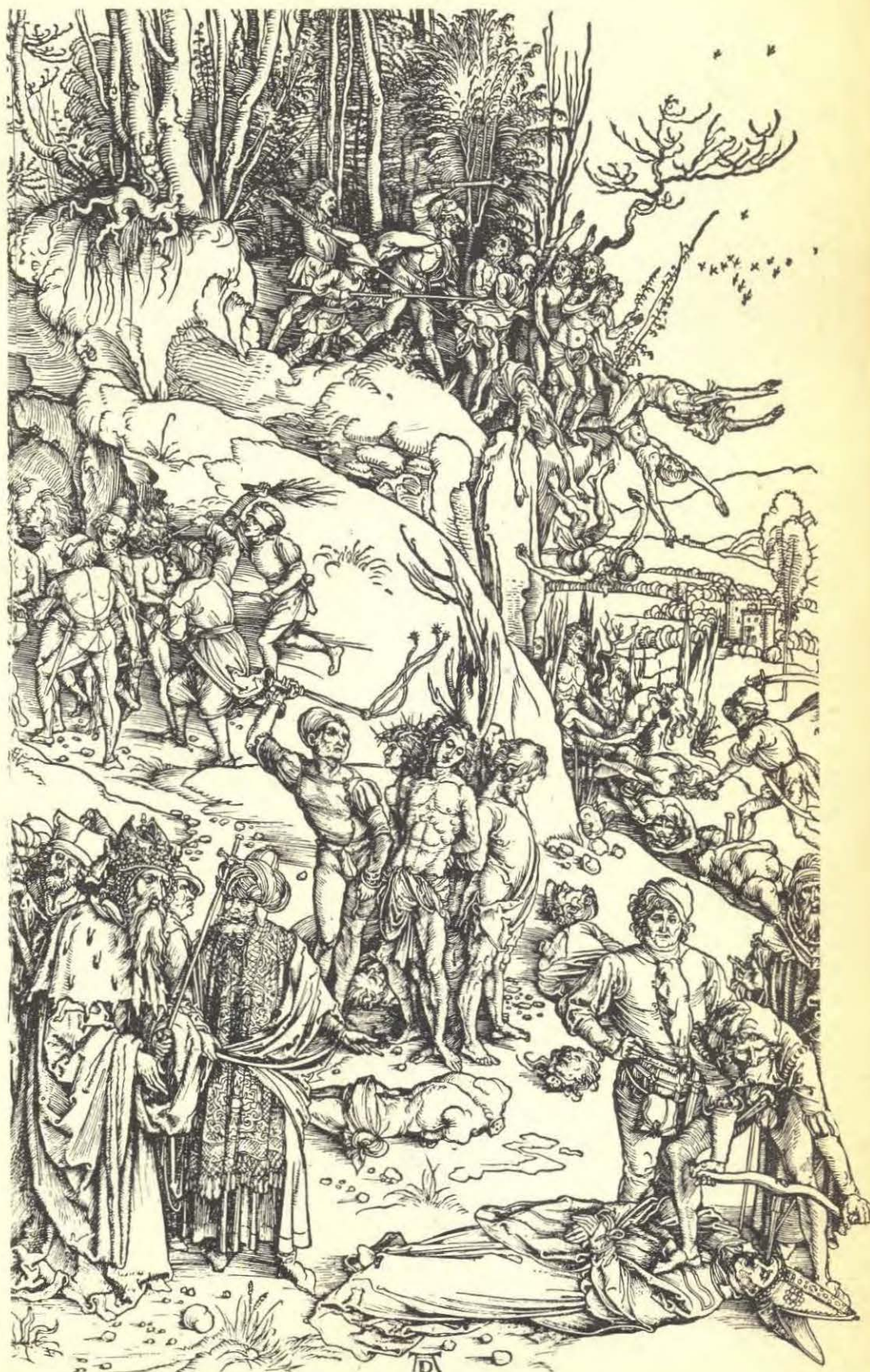
La salvación de la madre Remedios es un grito de libertad. Las figuras tradicionales de una sociedad caduca, el párroco y el delegado del partido se ridiculizan en la parábola y los diez le-

prosos son pepenadores que consiguen trabajo. El pasaje del hijo pródigo se enriquece con el fortalecimiento de la figura del padre pródigo. La mandarina que se ha venido pelando y desgajando a lo largo del relato en las manos de Jesucristo Gómez va adquiriendo significado en el obsequio del único pepenador que regresa a agradecer la ayuda recibida, y llega a su simbología plena en el Sr. de la Mandarina y el mensaje de Jesucristo resucitado.

La adaptación se realiza también, incluyendo en la narración elementos bíblicos textuales que se funden en el relato. Así leemos: "estaba muy contenta de ver a María David en su casa, la única de sus parientes que se acordaba de ella, bendita entre las mujeres; qué alegría verte, le decía, qué gusto tenerte aquí" (Leñero, *Evangelio* p. 23). El texto evangélico "bendita entre las mujeres" se funde y confunde con las exclamaciones de alegría y de gusto apenas separado por un punto y coma que le permite mantener su unidad semántica.

Más adelante leemos: "Jesucristo tomó del brazo a Juancho Zepeda y caminó hacia el carrito de los raspados — Apréndete esto y no lo olvides nunca, el que no está contra ustedes está con ustedes, Juancho" (*Evangelio*, p. 142). Aquí el texto bíblico se asimila suavemente a través de la acción del verbo 'caminar', avanza en el diminutivo del 'carro', se colorea con el adnominal de 'raspados' y prologa la sentencia con: 'apréndete esto'.

En *Estar preparados para cuando vuelve el Señor*, Vicente





Leñero parafrasea la sentencia bíblica (A quien mucho se le da, mucho se le reclamará, y a quien mucho se le ha entregado, mucho se le pedirá), empleando vocablos con un contexto situacional más accesibles al lector moderno como "responsabilidad" y "cumplimiento" porque "El maestro de obras no tendrá compasión para el albañil que traicionó su confianza. Será más duro con él que con el resto, porque al que mucha responsabilidad se le da, mucho se le reclama. Y al que mucho cumple, mucho más se le pide". Del mismo modo sustituye la disención por la guerra y los símbolos se entretejen y multiplican "como la semilla y la levadura".

Los mismos textos bíblicos que ya eran literatura en las obras de Erasmo y Cervantes que dice "cuanto más, que cada uno es hijo de sus obras", se revitalizan en la novela porque "Cuando triunfe la justicia de Dios —dice Leñero— no se va a medir a nadie por su fe, sino por sus obras" (*Evangelio*, pp. 178-179).

La ubicación sintáctica de la

palabra es clave en el proceso de adaptación de la obra. Leñero consigue, por ejemplo, resumir en las tres primeras palabras de "El ciego de Jericó" el contenido semántico del ciego moderno "No veo claro", y el pasaje concluye: "Todavía no pesco bien la onda pero empiezo a ver claro pian pianito..." En una estructura perfecta, el pasaje se abre y se cierra con el estribillo: "decía Jericó Montaña rascándose el entrecejo con el índice" (*Evangelio*, p. 220).

O bien cuando opone términos como templo y tumba para referirlos semánticamente a templo-vida-presencia de Dios, y tumba-muerte-ausencia de Dios, según la referencia connotativa de estas palabras.

En el hábil manejo del lenguaje, Leñero juega con el significado de la palabra y así, los ojos papalotean, los pepenadores hablan de semántica y el estilo de diálogo directo e indirecto se funden en un mismo pasaje narrativo.

El resultado de esta conjugación de elementos es un mensaje vital y vigoroso que cumple y supera la ambición propuesta en el

prólogo de la novela. "La curación del siervo" trasciende al hijo, en él se reconcilian las dos posiciones y cobran voz "en la canción que les habían enseñado los secuestradores" (*Evangelio*, p. 100).

La resurrección del hijo de la viuda de Naim se realiza en ella misma. Ahí nace y resucita no sólo el hijo sino Genoveva Naim, porque el *Evangelio de Lucas Gavilán* es un canto a la vida en el que todo muerto debe resucitar. —"¿Tu hijo no está muerto, estúpida, la que ha estado muerta eres tú. Siempre atendida a tu esposo, a tu padre, a tu hijo. ¡Floja, inútil, miedosa, inservible, muerta!" (*Evangelio*, p. 101), y la mujer se levanta y camina.

O bien el mensaje de lucha y vida en "El perdón de la pecadora":

"Ya va a salir con lo de siempre: empujada por los hombres cayó en el arroyo. —No. Justamente lo contrario: se fue al arroyo para imponerse a los hombres. Ahí en la cama, en el prostíbulo, es el único sitio donde ella manda" (*Evangelio*, p. 110).

Cuando Trejo Santibáñez lo acosa para que les explique cómo deben realizarse las aplicaciones prácticas de los principios evangélicos, Jesucristo Gómez hace desfilar por su relato al sacerdote, al rico, al indiferente para depositar su praxis en un camionero mujeriego, borracho y comecuras. Al final concluye: "Si de veras busca aplicaciones prácticas al Evangelio, no se haga tonto y actúe como el camionero de mi cuento, por más ingenuo y esquemático que le parezca..." (*Evangelio*, pp. 152-153).

La unificación del modelo y la obra se realiza plenamente en Jesucristo Gómez. Vicente Leñero rescata del Evangelio de San Lucas, la imagen del médico que llevará a la universalidad de la salvación. Ya San Pablo había llamado a San Lucas "el médico muy amado"; y San Lucas insiste más que los otros evangelistas en que la Ciudad Santa es el lugar donde debe tener cumplimiento la salvación (9-31). Es allí donde ha comenzado el Evangelio y es ahí donde debe concluir.

Conocedor de esto, Vicente Leñero impone tal misión a su personaje: el cumplimiento de salvación. Así surge el líder, voz de una social-democracia, de un cambio sin violencia, de una nueva liturgia, de un acercamiento del hombre a Dios a través del mundo cotidiano. Vicente Leñero agrega algo más, su lucha por modificar la historia con un Jesucristo que tiene características de líder natural pero que no se ajusta a los patrones establecidos. Los estudiantes de sociología encuentran en él "actividades de contenido expresa-



mente político", junto con un "matiz religioso de sus actos y de sus prédicas".

Como la historia de San Lucas, la historia de Lucas Gavilán es la historia de la peregrinación de todos los hombres, que a través de la desesperación y la vida en tinieblas, el sufrimiento y la angustia, la amargura y la pena, la duda y el cinismo, la rebelión y la desesperanza han llegado a la comprensión de Dios.

Leñero subraya igual que San Lucas la misericordia de Cristo con los pecadores, prefiere las escenas del perdón, insiste en la ternura de Jesús con los humildes, y la severidad con los ricos, el desprendimiento, la entrega y la renuncia. El Evangelio de San Lucas acentúa la necesidad de la oración y Leñero, fiel a su modelo, envía su mensaje de oración audible al hombre moderno, al cristiano de hoy, despojado de milagros y metáforas: "¿Tú cómo rezas maestro?" —Pienso, platico—, y más adelante agrega en una magnífica transposición de situaciones.

"Te hace caso? —Como me hacía caso mi padre cuando yo me le ponía necio, o como hace cualquier fulano cuando un amigo lo está friegue y friegue para sacarle un favor.

¿A poco Dios es igual? —No me lo imagino así. —Eso es lo de menos. Lo importante es estar convencidos de que si uno pide con ganas, recibe; si uno busca, encuentra; si uno insiste, le hacen caso" (*Evangelio*, p. 157).

La voz del reformista cristiano en busca de la solidaridad del cuerpo místico está presente en todo el relato; en la respuesta de Jesucristo al coadjutor del se-



minario que dice: "Si yo hablo de Dios y su justicia, y por seguir a Dios y trabajar por la justicia la gente se aleja del Dios que ustedes predicán, eso quiere decir, o al menos así lo entiendo que ustedes y su sociedad y sus intereses han hecho de Dios una idea al servicio de las situaciones injustas. Han ensuciado su imagen. Han puesto las verdades de cabeza" (*Evangelio*, p. 159); en la cólera de sus maldiciones que se "oían hasta la calle, acusaba a sacerdotes y fieles de haber convertido templos en tumbas de Dios, en salones de moda, en sucursales bancarias" (*Evangelio*, p. 246); en el análisis de la situación concreta, ejemplificada en un caso característico y determinante de nuestra ciudad: La Virgen de Guadalupe y la nueva basílica. "Luego descendieron por la rampa hacia la zona de establecimientos comerciales. Más que un tianguis de pueblo, aquello parecía un supermercado donde se podía comprar de todo: desde estampas y artículos religiosos hasta discos y ropa..." (*Evangelio*, p. 258).

El mensaje fundamental de la

obra es vital, un canto a la vida, al que se suma el análisis político y social. La parábola de Marta y María se reduce a esta dualidad: "Marta escogió el dolor, los sufrimientos, la muerte, María escogió la vida."

"El Dios en el que yo creo —insiste el escritor— es un Dios de vivos, no de muertos." El hombre debe resucitar para ser hijo de Dios, debe despertar de su modorra, dejar de ser el que nace, come, se reproduce y muere. "Sólo así —continúa Leñero— llegará el día en que la fé saldrá de los templos y no será necesario encarcelar a Dios en las iglesias. La fe dejará de estar sujeta a dogmas para convertirse en una forma de vida." (*Evangelio*, p. 259). Este es el sentido de la resurrección de Jesucristo. La religión del hombre se quedará siempre en puros gestos, vacíos de sentido, en vago sentimentalismo, en busca de seguridad o en simple hábito sociológico, mientras no hayamos hecho nuestra la resurrección de Jesucristo.

En su análisis crítico de la realidad política y social de México,

Leñero llega a los cimientos mismos de la estructura cuando dice: “la paz nacida del miedo no es la paz de la que yo hablo” (*Evangelio*, p. 259). Por las páginas de *El Evangelio de Lucas* Gavilán desfilan todos los componentes de nuestra sociedad, los políticos, los comerciantes, los explotadores en busca de una recompensa y sin más ideal político que su ambición económica. Y todo esto sucede —afirma Leñero— “por culpa de la abulia y la flojera y la terquedad de la gente, por culpa de las intrigas de los políticos, por ese pinche espíritu de contradicción que tanto nos friega siempre...” (*Evangelio*, p. 104)

Despertar esta conciencia es la misión de Jesucristo Gómez, un loco en busca de justicia, como el legendario Quijote andante, un “pobre loco sin antecedentes penales que se convierte en preso político” (*Evangelio*, p. 286). Pero cuya locura, como la del Quijote, es la locura que transforma al mundo. Así leemos: “Ojalá todos estuviéramos tan locos como ella para reclamar justicia. Les juro que la conseguiríamos así de rápido” (*Evangelio*, p. 212).

Evangelio en el sentido estricto de la palabra indica una buena nueva, y en el Nuevo Testamento “evangelio” jamás se refiere a un libro, sino siempre al mensaje de salvación realizado por Cristo.

Esta es la buena nueva de Vicente Leñero, y en ella los términos de un catolicismo desgastado adquieren realidad y contenido literario.

